



## **Declaración de la Red WATERLAT-GOBACIT**

### **Desigualdad, injusticia e indefensión en América Latina y el Caribe: sobre la necesidad de construir alternativas de cara al retorno del extremismo autoritario en Brasil y en la región**

Nuestra Red Internacional tiene desde su inicio un profundo compromiso con la investigación, la docencia y la intervención con relación a los procesos sociales, en sentido amplio, que producen y reproducen desigualdades, injusticias e indefensión en las sociedades humanas (<http://waterlat.org/es/>). Nuestro objeto central de investigación, la política y la gestión del agua en sus múltiples facetas, es a la vez una “ventana” a través de la cual tenemos acceso a, y una resultante de, dichos procesos. Por esta razón, nuestro enfoque procura trascender los reduccionismos que caracterizan a las formas prevaletentes de la investigación, la docencia y la intervención sobre el agua, cuyas posiciones asumen que los estudios sobre el agua deben reducirse a sus aspectos tecnocientíficos o económico-mercantiles, en una pretendida neutralidad valorativa que frecuentemente es utilizada para justificar la falta de posicionamiento sobre cuestiones fundamentales para la supervivencia de las sociedades humanas civilizadas. Nuestra Red mantiene una posición de alerta permanente sobre aquellos procesos sociales que producen y reproducen la injusticia, la desigualdad y la indefensión en sus diferentes formas y, en consecuencia, ha venido manifestando consistentemente sus posicionamientos con respecto a los procesos socio-económicos, políticos y culturales que amenazan no solamente a los frágiles sistemas democráticos de la región sino también a la propia continuidad de la vida de numerosos grupos humanos y sectores sociales.

No se trata de una exageración. Históricamente, América Latina y el Caribe ha sido la región más desigual del planeta, de acuerdo prácticamente con todos los indicadores que se emplean para medir esta relación social, que denominamos desigualdad. Si bien desde inicios del Siglo XXI algunos países, particularmente en Sudamérica, lograron reducir substancialmente sus niveles de pobreza extrema, los niveles de desigualdad han persistido y, de acuerdo con informes recientes, desde el año 2015 dichos avances se han detenido y en varios países se ha iniciado un proceso de rápida reversión y de pérdidas de los logros obtenidos. Esto se da en un contexto en el que la violencia represiva y asesina por parte de gobiernos de la región asociados con grupos de poder, empresas privadas nacionales y multinacionales y otros actores ha alcanzado niveles intolerables en sociedades pretendidamente democráticas y civilizadas. Algunos países, como Honduras, han ganado la triste fama de ser los lugares más peligrosos del planeta para defender la vida y la naturaleza, mientras que otros como Brasil, Colombia y México encabezan las estadísticas mundiales de asesinatos de líderes sociales, muchos de ellos campesinos, indígenas, afrodescendientes y de otros grupos históricamente marginalizados, que defienden sus territorios y sus aguas contra el avance de las actividades extractivistas, asesinatos que en su gran mayoría permanecen impunes y que muchas veces ni siquiera son investigados. Otras formas de violencia ejercidas contra las comunidades, violencias legal-institucionales, aunque frecuentemente ilegítimas, violencias simbólicas, emocionales, psicológicas, violencias silenciosas y silenciadas, han operado históricamente también como mecanismos de producción, reproducción y mantenimiento de desigualdades estructurales en nuestras sociedades. Estos son problemas sobre los cuales nuestra Red Internacional se ha manifestado regular y consistentemente (<http://waterlat.org/es/declaraciones-publicas-2/>).

Sin embargo, con excepción de las dictaduras civil-militares que arrasaron a nuestras sociedades durante la segunda mitad del Siglo XX, en general dichas violencias y desigualdades estructurales han sido ignoradas, silenciadas, ocultadas o negadas, pero raramente justificadas abiertamente y mucho menos incluidas en campañas electorales apoyadas por millones de personas y por amplios sectores sociales, sobre todo sectores empresariales, amplias fracciones del *establishment* judicial y policial-represivo, clases medias educadas, incluyendo académicos y estudiantes universitarios, millones de personas que se autodenominan “cristianas”, y también contingentes de las clases trabajadoras y hasta de sectores excluidos. Indudablemente, esta descripción refleja la experiencia del proceso electoral que tiene lugar en Brasil en este momento, en el cual casi 50 millones de votantes, 46 por ciento de los votos válidos, manifestaron su apoyo al candidato extremista Jair Bolsonaro en la primera vuelta realizada el día 7 de octubre de 2018. Jair Bolsonaro abiertamente justifica los crímenes de la dictadura militar brasileña (1964-1985), lamenta que la escala de la represión y asesinato de opositores políticos no haya sido mayor durante la dictadura, justifica la tortura, el uso indiscriminado y generalizado de armas, la violación, proclama la profundización de las formas de discriminación de clase, de género, étnicas, sexuales, etc., propone retirar a Brasil de las Naciones Unidas y del Acuerdo de París sobre Cambio Climático, planea eliminar el Ministerio de Medio Ambiente y las regulaciones ambientales en general, entre muchas otras cuestiones. El gran triunfo electoral del candidato, custodiado por la amenaza de golpe militar en caso de que el resultado electoral fuera favorable al candidato del Partido de los Trabajadores, Fernando Haddad, triunfo apoyado explícita o tácitamente por el aparato judicial-represivo y mediático, por sectores influyentes del *establishment* intelectual y político que hasta ahora pretendía mantener su máscara liberal, por “los mercados” que celebraron efusivamente el resultado electoral de la primera vuelta, y por millones de creyentes autodenominados “cristianos”, quienes parecen ignorar los preceptos básicos de su líder religioso, quien entre otras cosas predicó la tolerancia, el cuidado de los sectores excluidos y marginalizados de la sociedad y quien expulsó del templo a los representantes de “los mercados” de la época, sigue despertando sorpresa y todo tipo de sentimientos y reacciones.

La emergencia de Jair Bolsonaro como líder en uno de los países más importantes del planeta, por su tamaño, riqueza y peso específico, refleja la normalización de un proceso histórico fundado en la reproducción ampliada y la profundización de la desigualdad estructural. No extraña que, por ejemplo, el Presidente de Chile, Sebastián Piñera, celebre en foros internacionales la política económica que propone Jair Bolsonaro para Brasil, una política ultra neoliberal y privatizadora, o que representantes del gobierno de Argentina estén preocupados por el impacto económico que pudiera tener la política propuesta por Bolsonaro, que incluye la amenaza de sacar a Brasil del Mercado Común del Sur (MERCOSUR), pero todos ellos se rehúsen a manifestarse públicamente sobre el carácter radicalmente antidemocrático de su propuesta política. En realidad, estos gobiernos, como muchos otros gobiernos de la región y a nivel internacional, comparten tácitamente, pero muchos también explícitamente, el carácter abiertamente antidemocrático de la propuesta de Jair Bolsonaro, caracterizada por un profundo desprecio por el respeto a los derechos humanos y a los principios de la democracia substantiva en general. En Argentina, el gobierno del Presidente Mauricio Macri ha demostrado una clara disposición a violentar aspectos fundamentales del Estado de Derecho, recurriendo a prácticas autoritarias de persecución de oponentes políticos y disidentes, la criminalización de los movimientos sociales, incluyendo la desaparición y asesinato de líderes sociales con participación de las fuerzas de seguridad, la desacreditación sistemática de las organizaciones de defensa de los derechos humanos, y una política elitista y económicamente devastadora por sus consecuencias sobre la mayoría de la población. Desde luego no extraña que líderes de la extrema derecha europea como el Vicepresidente de Italia Matteo Salvini y la francesa Marine Le Pen, Presidenta del partido político Rassemblement National, previamente conocido como Frente Nacional, hayan expresado fervorosamente su

aprobación por el triunfo electoral de Jair Bolsonaro, a quien ven como un promisorio cruzado del avance extremista en América Latina. En realidad, la posibilidad de que la propuesta extremista de Jair Bolsonaro triunfe en Brasil probablemente cuenta con la aprobación tácita o implícita de muchos de los gobiernos de derecha y sectores sociales afines en la región. Pero tampoco debe extrañar el apoyo de “los mercados”, la mayoría de cuyos centros se encuentran localizados en los territorios de las democracias capitalistas más avanzadas del planeta. El estridente apoyo de “los mercados” al proyecto extremista de Jair Bolsonaro se suma al silencio cómplice de los gobiernos, instituciones internacionales e intelectuales y políticos “liberal-democráticos” quienes, con pocas excepciones, han preferido callar, o hablar en voz bien baja, en vez de posicionarse claramente en defensa de la lucha por la democracia substantiva, los derechos humanos y los principios de la inclusión, la solidaridad y la igualdad. Es necesario examinar la relación entre estos silencios y los procesos neocoloniales y neoimperiales que se expanden en América Latina y el Caribe, una de cuyas expresiones más claras es la re-subordinación y disciplinamiento (quizás corresponde hablar también de humillación) de Brasil, tras el fallido intento de convertir al país en una potencia económica y política autónoma, con liderazgo a nivel global. Estos procesos de re-subordinación, disciplinamiento y humillación también encuentran su expresión con el ataque que vienen sufriendo los procesos y las instituciones de integración regional a nivel de América Latina y el Caribe, un ataque dirigido a reducir o incluso eliminar el creciente nivel de autonomía alcanzado por la región en las primeras dos décadas del corriente siglo. El análisis de las formas en que estos diversos procesos se encuentran interconectados, así como su dirección, dinámicas, avances y consecuencias para los procesos de democratización y para la propia sobrevivencia de nuestras sociedades, revisten máxima urgencia.

En función de lo anterior y del enfoque, objetivos y prioridades que orientan a nuestra Red Internacional, expresamos una vez más nuestro fuerte apoyo fraterno a las fuerzas sociales democráticas de Brasil, en todas sus expresiones, en su lucha por derrotar la amenaza que presenta el extremismo autoritario del candidato a la Presidencia Jair Bolsonaro. Entendemos que esta lucha incluye la necesaria construcción de alternativas, no tan solo al extremismo de derecha, si no también al extremismo mercantil privatista, disfrazado con frecuencia de liberal-democrático. Como hemos reflexionado en ocasiones previas, no se trata de ignorar errores cometidos por los gobiernos progresistas, incluyendo las experiencias de corrupción público-privada que continúan siendo parte de la realidad de la región con independencia de los actores políticos que ocupen cargos en los gobiernos de turno. La lucha requiere por sobre todas las cosas una visión Política, en el sentido más elevado del concepto, para dejar de lado las rivalidades y los egocentrismos y concentrarse en la generación de una alianza que permita alcanzar la victoria contra las poderosas fuerzas que promueven el retroceso de Brasil y de toda la región.

Red WATERLAT-GOBACIT, 10 de octubre de 2018

[www.waterlat.org](http://www.waterlat.org)